

Al Cristianismo deben las bellas-artistas su renacimiento y perfeccion.

En filosofía, no se opone á ninguna verdad natural. Si alguna vez ha combatido las ciencias, ha seguido el espíritu de su siglo y la opinion de los mas grandes legisladores de la antigüedad.

En historia, nos hubiéramos quedado inferiores á los antiguos sin el nuevo carácter de imágenes, reflexiones y pensamientos que la religion cristiana ha hecho nacer: la elocuencia moderna está sujeta á la misma observacion.

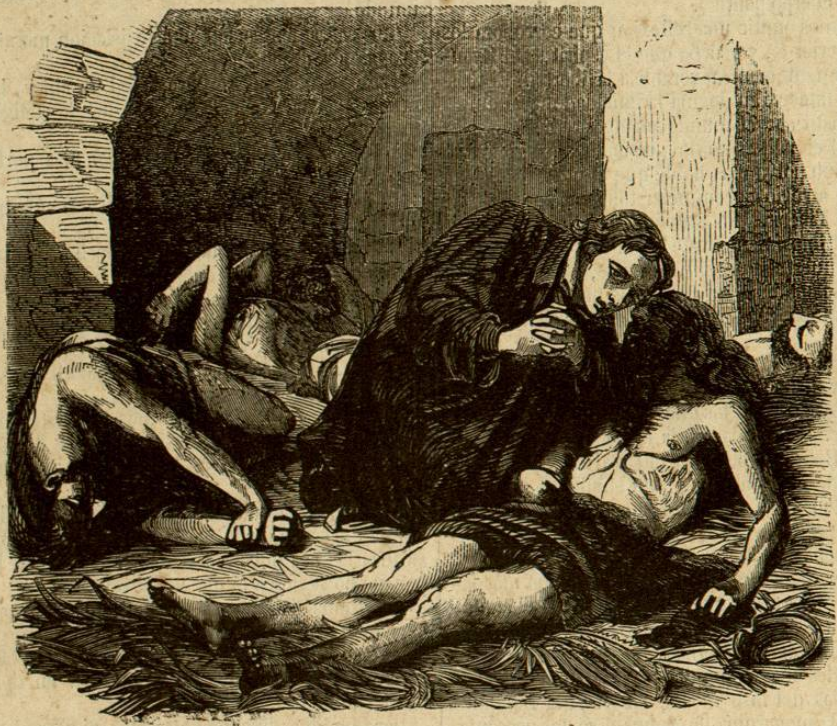
Restos de las bellas-artistas, soledades de los monasterios, encantos de las ruinas, inocentes devociones del pueblo, armonias del corazón de la Religion y de los desiertos, son los que conducen al examen del culto.

Por todas partes el culto cristiano, la pompa y la magestad van unidas á las intenciones morales y á las oraciones edificantes ó sublimes. El sepulcro vive y se anima en nuestra religion: desde el labrador que yace

en el cementerio campestre, hasta el monarca en el sarcófago del panteon; todo duerme entre el polvo poético. Job y David, reclinados sobre la tumba del cristiano, alternan cantando la muerte en las puertas de la eternidad.

Acabamos de ver lo que deben los hombres al clero secular y regular, á las instituciones y al génio del Cristianismo.

Si Shoonbeck, Bonnani, Gyustiniani y Helyot, hubiesen empleado mas órden en sus laboriosas indagaciones, podríamos presentar aquí el catálogo completo de los servicios hechos por la Religion á la humanidad. Principiaríamos enumerando las calamidades que abruman el alma ó el cuerpo del hombre, y á cada dolor asignaríamos el órden cristiano que se dedica á mitigarlo. No es exajeracion: discúrrase una miseria, sea la que quiera, y es indudable que la Religion habrá adivinado el pensamiento y preparado el remedio. Hé aquí lo que hemos podido averiguar segun un cálculo hecho con la mayor exactitud que nos ha sido posible.



UN MISIONERO CONFISANDO APESTADOS.

Existen sobre la superficie de la Europa cristiana 4,300 ciudades y villas, poco mas ó menos.

De estas 4,300 ciudes y villas, hay 3,294 de la primera, segunda, tercera y cuarta magnitud.

Suponiendo en cada una de ellas un hospital (cálculo inferior á la verdad), resultarán 3,294 hospitales casi instituidos por el génio del Cristianismo, dotados con bienes de la Iglesia y servidos por corporaciones religiosas.

Tomando un medio proporcional, y suponiendo solo cien camas á cada uno de estos establecimientos, ó si se quiere, una para cada dos enfermos, se verá que la Religion, además de la inmensa multitud de pobres que sostiene, consuela y alimenta diariamente, desde hace mas de dos mil años, cerca de 329,400 hombres.

Un cálculo casi igual puede hacerse respecto de los colegios y universidades, pudiéndose en vista de él admitir que por lo menos son 300,000 los jóvenes

cuya enseñanza tiene la Religion á su cargo en los diversos Estados de la cristiandad.

Es de advertir que no figuran en su cálculo los hospitales y colegios cristianos en las otras tres partes del mundo, ni la educacion dada por las monjas á las niñas.

Añádase á estos resultados el diccionario de los hombres célebres que ha producido la Iglesia, y que con corta diferencia forman las dos terceras partes de los varones eminentes de los tiempos modernos, y será preciso confesar, como ya lo hemos dicho, que la regeneracion de las ciencias, artes y letras, es debida á la Iglesia; que la mayor parte de los descubrimientos modernos, como la pólvora, los relojes, los anteojos, la brújula, y en politica el sistema representativo, le pertenecen tambien; que la agricultura, el comercio, las leyes y el gobierno le deben inmensas obligaciones; que sus misioneros han traído las ciencias y las artes á los pueblos civilizados, y leyes á las hordas

salvajes; que sus caballeros han contribuido poderosamente á salvar la Europa de una invasion de nuevos bárbaros, y que el género humano le debe:

El culto de un solo Dios;

El dogma mas fijo de la existencia del Ser Supremo;

La doctrina menos vaga y mas cierta de la inmortalidad del alma, así como la de las penas y recompensas en la otra vida;

Mas humanidad entre los hombres;

Una virtud completa que vale por sí sola tanto como todas las obras: la caridad;

Un derecho político y de gentes, desconocidos de los pueblos antiguos, y sobre todo eso, la abolicion de la esclavitud.

¿Quién no se sentirá conmovido por la hermosura y grandeza del Cristianismo? ¿A quién no hará doblar la rodilla esa masa enorme de beneficios?

CAPITULO XIII Y ÚLTIMO.

Cual seria en la actualidad el estado de la sociedad, si el Cristianismo no hubiese aparecido sobre la tierra.

DAREMOS fin á esta obra examinando la importante cuestion que constituye el epígrafe de este último capítulo, procurando indagar lo que seríamos probablemente en la actualidad, si el Cristianismo no hubiese iluminado la tierra, pues de este modo apreciaremos todo lo que debemos á esa divina religion.

Augusto llegó al imperio por una carrera de crímenes, y supo reinar á la sombra de las virtudes. Se sentó en un trono que acababa de ser desocupado por un conquistador, y á fin de distinguirse, procuró vivir en paz.

No pudiendo ser un grande hombre se esforzó en parecer espléndido: daba festines á sus vasallos, y procuró adormecerlos en un inmenso foco de corrupcion; la calma de su reinado se llamó prosperidad. Augusto tuvo el talento de las circunstancias, y el arte de aprovecharse del fruto del verdadero génio: supo ir en pos de él, pero nunca caminó á su par.

Tiberio despreció demasiado á los hombres, y sobre todo hizo demasiado alarde de este desprecio. Este sentimiento que es el único que expresó con franqueza, es el único que debió haber disimulado; pero para él era á modo de una exclamacion de alegría, un alarido que no podía reprimir al ver al pueblo y al senado romano, mas humillados que la propia bajeza de su corazón.

Al ver al pueblo-rey prosternarse ante Claudio y adorar al hijo de Enobarbo, pudo juzgarse que le habia honrado guardando con él alguna consideracion. Roma amó á Neron. Despues de la muerte de este tirano, sus fantasmas hacian palpitar el imperio de esperanza y placer. Aquí es donde debemos detenernos para contemplar las costumbres romanas. Ni Tito, ni Antonino, ni Marco Aurelio pudieron cambiarlas en cuanto á su fondo: solo un Dios pudo hacerlo.

El pueblo romano fue siempre un pueblo horrible: no es posible degradarse hasta los vicios que manifestó bajo sus emperadores, sin tener cierta perversidad natural y algun defecto congénito en el corazón. Atenas, en medio de su corrupcion nunca fue execrable; aun abrumada de cadenas, no pensaba mas que en gozar, y llegó á decir que sus vencedores no la habian despojado enteramente, supuesto que aun conservaba el templo de las Musas.

Roma tuvo virtudes, pero fueron virtudes contra la naturaleza. El primer Bruto degolló á sus hijos; el segundo asesinó á su padre. Hay virtudes de circunstancias que se toman facilmente por virtudes generales, y que sin embargo no son mas que meros resultados locales. Roma, en tiempo de su libertad fue frugal, porque no tuvo recursos; fue un pueblo denodado porque sus institucionesle obligaban á no soltar las armas de la mano, y porque acababa de salir de una caverna

de salteadores. Sobre eso fue feroz, injusto, avaro, y lujurioso: nada tuvo bueno sino su génio: su carácter fue odioso.

Los decenviros lo hollaron bajo sus plantas; Mario derramó á placer la sangre de los nobles, y Sila la del pueblo; y por último insulto, abjuró públicamente la dictadura. Los conjurados de Catilina le habian comprometido á ser parricidas, y consideraron como una diversion el dar al traste con aquella magestad romana que Yugurta se proponia comprar. Siguen los triunfos y las proscripciones. Augusto mandó quitarse mutuamente la vida á un padre y á un hijo, y el padre y el hijo obedecieron. El senado se mostró demasiado vil, hasta para el mismo Tiberio. El dios Neron tuvo templos. Sin hablar de los delatores oriundos de las principales familias patricias; dejando á un lado los gefes de una misma conspiracion, delatándose y degollándose reciprocamente; sin tratar de representar á los filósofos discuriendo sobre la virtud en medio de las orgías de Neron; á Séneca escusando un parricidio; á Burro alabándolo y lamentándolo á un mismo tiempo; sin tratar de indagar en tiempos de Galba, Vitelio, Domiciano y Cómodo aquellos actos de bajeza que hemos leído cien veces y siempre nos han llenado de admiracion, un solo rasgo nos bastará para pintar la infamia romana: Plaucio, ministro de Severo, al casar su hija con el primogénito del emperador, hizo mutilar cien romanos libres, entre los cuales habia algunos casados y padres de familia, para que su hija, dice el historiador, tuviese en su comitiva eunucos dignos de una reina de Oriente.

A esta bajeza de carácter, debe añadirse una espantosa corrupcion de costumbres. El grave Caton asistia á las prostituciones de las fiestas de Flora. A pesar de hallarse su mujer Marcia en estado de gestacion, la cede á Hortensio; muere este de allí á poco, y habiendo Marcia quedado heredera de sus bienes, Caton la vuelve á tomar en perjuicio del hijo de Hortensio. Ciceron repudia á Terencia para casarse con su pupila Publilia. Séneca nos refiere que habia mujeres que no contaban los años por el número de consules, sino por el de los maridos que habian tenido; Tiberio inventó los *scellarii* y los *spintrix*: Neron se casó públicamente con el liberto Pitágoras, y Eliogábalo celebró bodas con Hierocles.

El mismo Neron, tantas veces citado, fue el que instituyó las fiestas Juvenales, en las que los caballeros, senadores y mujeres de la mayor distincion tenian que salir, á imitacion del emperador, al teatro, y cantar canciones obscenas, remedando el ademán de historiadores. Para el festin de Tigelino, sobre la laguna de Agripa, se habian edificado casas al borde del agua, donde las mas ilustres romanas estaban colocadas al frente de cortesanas enteramente desnudas.

Al llegar la noche se encendió una iluminacion, á fin de que la disolucion tuviera un sentido mas y un velo menos.

La muerte formaba una parte esencial de aquellas antiguas diversiones, como para presentar un contraste y realizar los placeres de la vida. Para distraer el tiempo, se hacian alternar cuadrillas de gladiadores con otras de cortesanas y tocadores de flauta. Al desasirse de los brazos de una infame, corrian á ver cómo una fiera se saciaba de sangre humana; del espectáculo de la prostitucion se pasaba á contemplar las convulsiones de un hombre moribundo. ¡Qué pueblo aquel, que habia encontrado un lugar de oprobio en el nacimiento y en la muerte, elevando sobre un teatro estos dos grandes misterios de la naturaleza, para deshonrar de un solo golpe toda la obra de Dios!

Los esclavos que labraban la tierra estaban continuamente con grillos: su alimento era pan, agua y sal, y por la noche se les encerraba en subterráneos á donde no penetraba el aire sino por alguna abertura practicada en la bóveda de la mazmorra. Habia una

ley que prohibía quitar la vida á los leones de Africa, destinados para los espectáculos públicos. Un hombre vulgar que hubiese disputado su vida al furor de alguna de aquellas fieras, habría recibido un severo castigo. Cuando un desgraciado perecía en la arena, desgarrado por una pantera, ó traspasado por las astas de algun ciervo, corrían ciertos enfermos á bañarse en su sangre, y á recibirla sobre sus ávidos labios. Calígula deseaba que el pueblo romano no tuviera mas que una sola cabeza para cortársela de un solo golpe. Este mismo emperador, en tanto que llegaban las funciones del Circo, mandó alimentar con carne humana á los leones, y Neron estuvo á punto de mandar devorar hombres vivos á un cierto egipcio conocido por su voracidad. Tito, para celebrar el natalicio de su padre Vespasiano, hizo arrojar tres mil judíos á las fieras. Aconsejaban á Tiberio que mandara dar muerte á uno de sus antiguos amigos que desfallecía en una prision. «No me he reconciliado aun con él,» respondió el tirano, representando con estas palabras todo el genio de Roma.

Era cosa comun que se degollaran cinco mil, diez mil ó veinte mil personas, de cualquiera edad, sexo y condicion por una simple sospecha del emperador, y los parientes de las victimas adornaban sus casas, besaban la mano al dios, y asistían á sus fiestas. La hija de Seyano, de edad de nueve años, que decia que no lo volveria á hacer y que pedia que le diesen azotes cuando la conducían á la prision, fue violada por el verdugo antes de ahorcarla; ¡tan grande era el respeto que aquellos virtuosos romanos tenían á las leyes! En tiempo de Claudio ocurrió (y Tácito lo refiere como un hermoso espectáculo), que diez y nueve mil hombres se degollaron sobre el lago Fucino para divertir al populacho romano: los combatientes, antes de acometerse saludaron al emperador, diciendo: ¡Salve César! los que van á morir te saludan. Palabras llenas de tanta bajeza como de patético interés.

La falta absoluta de moralidad es lo que daba á los romanos aquella facilidad de morir que tan insensatamente se ha admirado. En todo pueblo corrompido abundan los suicidas. El hombre, reducido á la condicion de bruto, muere con la misma indiferencia que él. No hablaremos aquí de los demás vicios de los romanos; del infanticidio autorizado por una ley de Rómulo y confirmado por la de las Doce Tablas, ni de la sordida avaricia de aquel célebre pueblo. Scaptius habia prestado algunas cantidades al senado de Salamina, que no habiéndolas podido devolver al plazo convenido, se vió sitiado por tropas enviadas por Scaptius, y muchos senadores perecieron de hambre. Teniendo el estoico Bruto algun asunto con este concusionario, se interesó por él cerca de Ciceron, que no pudo menos de manifestar su indignacion.

Si los romanos cayeron en la esclavitud, solo á sus costumbres deben achacarlo. La bajeza es lo que por de pronto produce la tiranía, y luego esta á su vez prolonga el reinado de aquella. No nos lamentemos, pues, del estado actual de la sociedad: el pueblo moderno mas corrompido es un pueblo de sabios, si se compara con el de las naciones paganas.

Aun suponiendo por un momento que el orden político de los antiguos fuese mejor que el nuestro, su orden moral no llega con mucho al que el Cristianismo ha producido entre nosotros. Y como la moral es en último resultado la base de toda institucion social, jamás podremos llegar, en tanto que seamos cristianos, á la depravacion de los antiguos.

¿Qué freno les quedó á los hombres, cuando se rompieron en Roma y Grecia los lazos políticos? ¿Podía el culto de tantas infames divinidades mantener costumbres que las leyes no habian podido sostener? Lejos de remediar la corrupcion, aquel culto se convirtió en uno de sus agentes mas poderosos. Por un exceso de miseria que horroriza la misma idea de la

existencia de los dioses, que es la que da pábulo á la virtud entre los hombres, alimentaba la corrupcion entre los paganos, y parecia eternizar el crimen dándole un principio de eterna duracion.

Tradiciones nos han quedado de la perversidad de los hombres y de las terribles catástrofes que siempre han venido en pos de la depravacion de costumbres. ¿No sería posible que Dios hubiera combinado el orden físico y moral del universo de manera que el trastorno de este último ocasionase necesariamente grandes alteraciones en el otro, y que los grandes crímenes produzcan necesariamente grandes revoluciones? El pensamiento obra de un modo inexplicable sobre el cuerpo: acaso el hombre no es mas que el pensamiento del gran cuerpo del universo, Esto simplificaría mucho la naturaleza y engrandecería prodigiosamente la esfera del hombre; esto sería una clave para la explicacion de los milagros que en ese caso entrarían en el curso ordinario de los sucesos. Si los diluvios, las erupciones, la ruina de los Estados, tuviesen sus causas secretas en los vicios del hombre; si el crimen y el castigo fuesen los dos pesos motores colocados en los platillos de la balanza moral y física del mundo, hermosas serían sus relaciones, y no se presentaría mas que un solo conjunto de una creacion que al primer golpe de vista parece doble.

Puede pues haber sucedido que la corrupcion del imperio romano hubiese atraído del fondo de los desiertos á los bárbaros, que poniéndose en marcha sin conocer la mision de destruir que la Providencia sin conseria, se apellidaron por instinto *Azote de Dios*. ¿Qué hubiera sido del mundo, si la grande arca del Cristianismo no hubiese salvado de este nuevo diluvio los restos del linaje humano? ¿Con qué probabilidades contaba la posteridad? ¿Dónde se hubieran conservado las luces?

Los sacerdotes del politeísmo no formaban una corporacion de hombres científicos, sino en Persia y en Egipto; pero los magos y los sacerdotes egipcios, que tampoco comunicaban sus ciencias al vulgo, no existían ya como corporacion al ocurrir la invasion de los bárbaros. Por lo tocante á las sectas filosóficas de Atenas y Alejandria, estaban casi enteramente encerradas en esas dos ciudades, y consistían, cuando mas, en algunos centenares de retóricos que hubieran sido degollados con el resto de los ciudadanos.

No fue conocido entre los antiguos el espíritu de proselitismo: ningun ardor hubo entre ellos para enseñar, ni tuvieron la menor idea de retirarse al desierto para vivir con Dios y salvar las ciencias. ¿Qué pontífice de Júpiter se hubiera apersonado con Atila para contenerle? ¿Qué vate hubiera aconsejado á Alarico que retirase su ejército de Roma? Los bárbaros que entraban en el imperio eran ya medio cristianos; empero los vemos marchar bajo la sangrienta bandera del Dios de la Escandinavia ó de los tártaros, no presentando en su tránsito ni una fuerza de opinion religiosa que les obligue á respetar algo, ni un cierto fondo de costumbres que en aquella época empezó á renovarse entre los romanos, merced al Cristianismo; no lo dudemos: no hubieran los bárbaros dejado cosa alguna libre de asolacion. Este fue el proyecto de Alarico: «Siento en mi interior, decia este rey bárbaro, algo que me incita á prender fuego á Roma.» Este hombre, sobre su pedestal de ruinas, parece gigantesco.

De los diversos pueblos que cayeron sobre el imperio, los godos eran los que al parecer tenían el genio menos devastador. Teodorico, vencedor de Odoacro fue un gran príncipe, pero era cristiano, y Boecio, su primer ministro, era un literato cristiano; esto elude todas las conjeturas. ¿Qué hubieran hecho los godos idólatras? Arruinarlo todo como hicieron los demás bárbaros. Por otra parte, hay que advertir que se corrompieron muy pronto, y que si en vez de adorar

á Jesucristo, hubiesen tributado culto á Priapo, Venus y Baco, nadie puede ni formarse idea de la horrible confusion que hubiera resultado de la sangrienta religion de Odin y de las licenciosas fábulas de la Grecia.

Era el politeísmo tan poco á propósito para conservar cosa alguna, que él mismo iba cayendo en fragmentos por todas partes, y Maximino quiso hacerle tomar las formas cristianas para sostenerlo. Este César estableció en cada provincia un ministro de su falso culto que correspondía á un obispo, y un gran sacerdote análogo al metropolitano. Juliano fundó conventos de gentiles, é hizo predicar á los ministros de Baal en sus templos. Esta mahometina parodia del Cristianismo, como que no estaba sostenida por un espíritu de virtud, ni tenía el apoyo de las buenas costumbres, no tardó en derrumbarse.

La única clase respetada por los bárbaros fueron los sacerdotes y religiosos. Cada monasterio se convirtió en un foco donde se conservó la sagrada llama de las artes, juntamente con el idioma griego y latino. Habiéndose los primeros ciudadanos de Roma y Atenas refugiado en el sacerdocio cristiano, evitaron de este modo la muerte ó la esclavitud á que hubieran sido condenados con el resto del pueblo.

Puede juzgarse del abismo en que hoy nos veríamos sumergidos, si los bárbaros hubieran sorprendido el mundo bajo el politeísmo, por el estado actual de las naciones en que el Cristianismo se ha extinguido. Todos nosotros seríamos ó esclavos turcos, ó alguna otra cosa aun peor, pues el mahometismo tiene por lo menos un fondo de moral tomado de la religion cristiana, de la que en último resultado no viene á ser mas que una secta muy distante. Así como el primer Ismaél fue enemigo del antiguo Jacob, así el segundo es perseguidor del nuevo.

Visto está, pues, que sin el Cristianismo hubiera el naufragio de la sociedad y de las luces sido completo. No es posible calcular cuántos siglos habrían sido necesarios al género humano para salir de la ignorancia y de la barbarie corrompida en que debia en tal caso haber quedado sumido. Nada menos que una inmensa corporacion de solitarios esparcidos sobre las tres partes del globo, trabajando para un mismo objeto, fue menester para conservar las chispas que han vuelto á encender entre los modernos la antorcha de las ciencias. Otra vez lo volvemos á decir: ningun orden político, filosófico ni religioso del paganismo, hubiera podido prestar tan inapreciable servicio en defecto de la religion cristiana. Hallándose los escritos de los antiguos, dispersos en los monasterios, se libraron la mayor parte de la destruccion de los godos. Finalmente, el politeísmo no era tampoco una especie de religion científica, permitasenos la expresion, como el Cristianismo, porque en sus dogmas religiosos no iba unida la metafísica ni la moral, como sucede con este. La necesidad que los sacerdotes cristianos tuvieron de publicar por sí mismos varias obras, sea para propagar la fe, sea para combatir la herejía, contribuyó poderosamente á la conservacion y al renacimiento de las luces.

En todas las hipótesis imaginables se ve siempre que el Evangelio ha prevenido la destruccion de la sociedad, pues aun suponiendo que no hubiera aparecido sobre la tierra, y que por otra parte los bárbaros no hubieran salido del fondo de sus bosques, era suficiente la corrupcion del mundo romano para haber acarreado una espantosa disolucion.

¿Se habrían sublevado los esclavos? Pero hay que tener presente que eran tan perversos como sus dueños; que participaban de su mismo desenfreno y de su misma ignominia; que tenían el mismo culto, y este, lleno de pasiones, destruía toda esperanza de cambio en los principios morales. Las luces lejos de avanzar se iban oscureciendo; las artes decaían. La filosofía

no era buena mas que para difundir una especie de impiedad, que sin acabar de destruir el culto de los ídolos, engendraba los crímenes y las calamidades del ateísmo en el pecho de los poderosos, y la supersticion en el pueblo. ¿Había adelantado algo el humano linaje, porque Neron no creyera en los dioses del Capitolio, y porque mancillase con desprecio las estatuas de los dioses?

Tácito asegura que aun habia alguna moralidad en el fondo de las provincias; empero era por que estas principiaban á ser cristianas, y nosotros estamos discutiendo en la suposicion de que el Cristianismo no hubiese aparecido, y los bárbaros no hubieran trasladado sus desiertos. Por lo tocante á los ejércitos romanos, que verosimilmente hubieran desmembrado el imperio, hay que advertir que estaban tan corrompidos como el resto de los ciudadanos, y aun lo hubieran estado mucho mas á no haber sido reclutados por los godos y los germanos. Todo lo que puede conjeturarse es, que despues de largas guerras civiles, y de una sublevacion general que habria durado muchos años, la raza humana se habria encontrado reducida á algunos hombres errantes sobre ruinas. Mas, ¡cuántos años no habrían sido precisos para que este nuevo árbol de los pueblos hubiese podido extender sus ramas entre tanto desmoronamiento! ¡Cuánto tiempo no habrían tenido que gastar las ciencias perdidas ó olvidadas para volver á renacer! ¡Cuál sería el estado de infancia en que la sociedad se hallaría en el momento presente!

Así como el Cristianismo salvó á la sociedad de una destruccion total, convirtiéndola á los bárbaros y recogiendo los restos de la civilizacion y de las artes, así tambien habria salvado al mundo romano de su propia corrupcion, si este mundo no hubiera sucumbido bajo las armas extranjeras: solo una religion puede renovar en su fondo á un pueblo. La religion del Crucificado restableció todas las bases de la moralidad. Los antiguos admitían el infanticidio y la disolucion del matrimonio, que efectivamente no es mas que el primer vínculo social; su probidad y su justicia eran relativas á la patria, y no pasaban de los límites de su país. Los pueblos en globo profesaban otros principios que el ciudadano en particular. El pudor y la humanidad no figuraban en el número de las virtudes; la clase mas numerosa era esclava; las sociedades flotaban eternamente entre la anarquía popular y el despotismo: estos eran los males que el Cristianismo iba á curar de un modo radical, como lo demostró librando de ellos á las sociedades modernas. Hasta el rigor de las primeras austeridades de los cristianos era necesario; preciso era que hubiese mártires de castidad, en donde la prostitucion se habia arrancado todos los velos; penitentes cubiertos de cilicios y de ceniza, en donde la ley autorizaba los mayores crímenes contra las costumbres; héroes de caridad, donde se ufanaban impunes los monstruos de la barbarie; finalmente, era preciso que, para arrancar á todo un pueblo encenagado en los abominables combates del Circo y de la arena, la Religion hiciera glorioso alarde de sus atletas y de sus espectáculos en los desiertos de la Tebaida.

Puede, pues, Jesucristo, ser llamado *Salvador del mundo* en toda la acepcion material de la palabra. Su tránsito sobre la tierra, humanamente hablando, es el mas interesante acontecimiento que ha presenciado la humana raza, supuesto que desde la predicacion del Evangelio cambió enteramente de aspecto la faz del mundo. Altamente notable es el momento de la venida del *Hijo del Hombre*: un poco antes, su moral no hubiera sido absolutamente necesaria, pues los pueblos se sostenían aun por sus antiguas leyes; un poco mas tarde, el divino Mesías no se hubiera presentado sino despues del naufragio de la sociedad.

Hacemos en este siglo alarde de filosofía; pero en verdad que la higeza con que tratamos las institucio-

nes cristianas de nada tiene menos que de filosofía. El Evangelio ha cambiado bajo todos aspectos á los hombres, y les ha hecho dar un inmenso paso hácia la perfección. Consideradle como una grande institución religiosa por medio de la cual la raza humana ha sido regenerada, y en ese caso desaparecerán de vuestra mirada todas esas mezquinas objeciones, todas esas nimias sutilezas de la impiedad. Lo cierto es que las naciones paganas se hallaban en una especie de infancia moral con relación al estado en que nos hallamos; y algunos hermosos rasgos de justicia escapados, digámoslo así, á ciertos pueblos de la antigüedad, no destruyen esta verdad, ni alteran el fondo de las cosas. El Cristianismo nos ha traído indudablemente nuevas luces; es el culto que conviene á un pueblo sazonado por el tiempo; es, si nos atrevemos á decirlo, la religión natural en la edad presente del mundo, así como el reinado de las figuras ó símbolos era el que convenia en la infancia de Israel. En el cielo no ha colocado mas que un solo Dios; sobre la tierra ha abolido la esclavitud. Por otra parte, si considerais sus misterios como el archetipo de las leyes de la naturaleza, según nosotros lo hemos hecho, nada habrá en esto que pueda causar aflicción á un espíritu eminente, supuesto que las leyes del Cristianismo, lejos de exigir sumisión por parte de la razón, reclaman por el contrario su ejercicio mas sublime.

Esta observación es tan exacta, y esta religión cristiana que algunos se han atrevido á decir que era la religión de los bárbaros, es por el contrario tan esencialmente el culto de los filósofos, que puede decirse que Platon llegó casi á adivinarla. No solo la moral, sino hasta la misma doctrina de este discípulo de Sócrates, tiene admirables relaciones con el Evangelio. Dacier la resume del modo siguiente:

«Platon prueba que el Verbo es quien arregló é hizo visible este universo; que el conocimiento de este Verbo proporcionaba la dicha en este mundo y la felicidad después de la muerte.

«Que el alma era inmortal, y que los muertos resucitarán; que habrá un juicio final donde cada cual tendrá que comparecer con sus buenas ó malas obras para ser juzgado según ellas, y recibirá el premio ó el castigo eterno.

«Finalmente, sigue diciendo el sabio traductor, Platon tenía una idea tan grande y exacta de la soberana justicia, y conocía tan á fondo la corrupción de los hombres, que llegó á demostrar que si un hombre soberanamente justo viniera á la tierra, hallaría tanta oposición por parte del mundo que sería aprehendido, abofeteado, escarnecido, y por último crucificado por los mismos, que á pesar de estar llenos de injusticia, se empeñaban en ser tenidos por justos.» Los detractores del Cristianismo no pueden menos de conocer que se hallan en una falsa posición: si dicen que la religión de Cristo es un culto formado por los godos y vándalos, se les prueba con facilidad que las escuelas de la Grecia tuvieron nociones bastante claras de los dogmas del Cristianismo; si por el contrario, sostienen que la doctrina evangélica no es otra cosa mas que la doctrina filosófica de los antiguos, ¿por qué razón esos nuevos filósofos la desprecian? Los mismos que en el Cristianismo no ven mas que antiguas alegorías del cielo, de los planetas y de los signos, no destruyen tampoco la grandeza de esta Religión, pues de todos modos resultaría que era profunda y magnífica en sus misterios, y antigua y sagrada en sus tradiciones, y que por este nuevo camino irían también á perderse en la cuna del mundo. ¡Cosa extraña es sin duda que todas las interpretaciones de la incredulidad no alcancen á dar nada de pequeñez ó de mediocridad al Cristianismo!

Por lo que toca á la moral evangélica, todo el mundo está conforme en reconocer su hermosura; y cuanto mas sea conocida y practicada, tanto mas se ilustrarán

los hombres acerca de su propia felicidad y sus verdaderos intereses. La ciencia política es extremadamente limitada: el último grado de perfección á que puede llegar, es el sistema representativo, originado, como ya lo hemos patentizado, del Cristianismo; empero una religión, cuyos preceptos son un código de moral y de virtud, es una institución que puede suplir á todo y convertirse en las manos de santos y de sabios en un medio universal de felicidad. Acaso algún día las diferentes formas de gobierno, excepto el despotismo, parecerán indiferentes, y no se hará caso mas que de las leyes morales y religiosas que son el fondo permanente de las sociedades, y el verdadero gobierno de los hombres.

Los que andan discutiendo sobre la antigüedad y propenden llevarnos á sus instituciones, se olvidan de que el orden social ni es ni puede ser siempre el mismo. En defecto de un gran poder moral, es por lo menos necesaria una gran fuerza coercitiva. En las repúblicas de la antigüedad, la multitud, como todo el mundo sabe, era esclava, el hombre que cultivaba la tierra pertenecía á otro hombre: había pueblos, pero no había naciones.

El politeísmo, religión de todos modos imperfecta, podía por lo tanto convenir á aquel estado imperfecto de la sociedad, porque cada señor era una especie de magistrado absoluto, cuyo terrible despotismo contenía en su deber al esclavo, y suplía por medio de cadenas el vigor de que carecía la moral religiosa; y como por otra parte el paganismo no tenía elementos para inspirar virtudes al pobre, le dejaba tratar como si fuera un malhechor.

Mas, ¿sería posible en el estado actual de cosas frenar una enorme masa de pueblo libre y distante de la acción de la autoridad? ¿Podría en los arrabales de una ciudad populosa prevenir los crímenes de un populacho independiente, sin una religión que predicase el cumplimiento de los deberes y la virtud á todas las condiciones de la vida? Destruid el culto evangélico, y en cada aldea tendreis que organizar una policía, cárceles y verdugos. Si alguna vez, por un suceso nunca oído, volvieran á levantarse los altares de los apasionados dioses del paganismo entre el pueblo moderno; si en un orden de sociedad en que la servidumbre está abolida, se adorara á Mercurio el ladrón, ó á Venus la prostituida, bien puede asegurarse que el linaje humano había llegado á su término.

Y en esto consiste el grande error de los que alaban el politeísmo por haber separado las fuerzas morales de las fuerzas religiosas, y critican al mismo tiempo al Cristianismo por haber seguido el sistema opuesto. ¿No echan de ver los que así piensan, que el paganismo se dirigía á un inmenso rebaño de esclavos, y que por lo tanto, temiendo que la raza humana se ilustrara, debía darle todo á los sentidos, y no hacer nada en beneficio de la educación del alma? El Cristianismo, por el contrario, como que se empeñó en destruir la esclavitud, reveló á los hombres la dignidad de su naturaleza, y les enseñó los dogmas de la razón y de la virtud. Puede decirse que el culto evangélico es el culto de un pueblo libre, por la sola razón de que aduna la moral á la Religión.

Tiempo es ya de que nos infunda algún temor el estado en que hemos vivido algunos años. Fijese bien la vista en la raza que en las aldeas y campiñas francesas va creciendo, como malhadados vástagos desarrollados durante una tempestad, sin haber nunca oído hablar de Dios, ni de la inmortalidad de su alma, ni de los premios y recompensas que les esperan en la otra vida; no se pierda de vista lo que semejante generación podría llegar á ser sino se aplicase un pronto remedio; empiezan ya á manifestarse los crímenes mas alarmantes; la edad de la inocencia ha sido manchada con mas de una enfermedad. Ya que la filosofía no

POR SUS PRINCIPIOS, LA FILOSOFÍA NO PUEDE HACER BIEN ALGUNO QUE LA RELIGION NO PUEDA HACER MUCHO MAS FACILMENTE; Y LA RELIGION HACE MUCHOS BISNES QUE LA FILOSOFÍA NO CONSEGUIRÍA HACER.

puede penetrar en la casa del pobre y se contenta con habitar en los salones de los poderosos, deje por lo menos las cabañas á la Religión, ó siendo mejor dirigida y haciéndose mas digna de su nombre, haga la filosofía caer con sus propias manos la barrera que había intentado levantar entre el hombre y su Criador.

Apoyemos nuestras últimas proposiciones con autoridades que no podrán ser sospechosas á los filósofos.

«Poca filosofía, dice Bacon, hace desviar de la Religión, y mucha nos impede hácia ella; nadie niega que hay Dios, sino el que está interesado en que no lo hubiera.»

«Según Montesquieu, el decir que la Religión no es un motivo reprimente porque no siempre reprime, equivale á decir que las leyes civiles tampoco lo son... La cuestión no consiste en saber si valdría mas que cierto hombre ó cierto pueblo no tengan religión ó abusen de la que tienen, sino en averiguar si es menor mal que se abuse alguna vez de la Religión, ó que no la haya absolutamente.

«La historia de Sabaccon, añade el hombre célebre que acabamos de citar, es admirable. El dios de Tebas se le apareció en sueños, y le ordenó que mandara quitar la vida á todos los sacerdotes del Egipto, por lo cual Sabaccon juzgó que los dioses no miraban ya propicios su reinado, supuesto que le mandaban cosas tan contrarias á su voluntad, y se retiró á Etiopia.»

«Finalmente, exclama J. J. Rousseau, huid de los que á pretexto de explicar la naturaleza inculcan desoladoras doctrinas en el corazón humano, y cuyo aparente escepticismo es cien veces mas afirmativo y dogmático que el tono decidido de sus adversarios. Con la altanera escusa de que ellos únicamente son ilustrados, sinceros y de buena fe, nos someten imperiosamente á sus incisivas decisiones, y pretenden darnos por verdaderos principios de las cosas los ininteligibles sistemas que se han fraguado en su imaginación. Y en tanto, destruyendo y dando al traste con todo lo que los hombres respetan, quitan á los afligidos el último consuelo de su miseria, y á los poderosos y ricos el único freno de sus pasiones; arrancan del fondo de los corazones el remordimiento del crimen y la esperanza de la virtud, y se jactan de ser los bienhechores del género humano. Nunca es perjudicial, dicen, revelar la verdad á los hombres: así lo creo tambien y esto en mi concepto es una prueba de que lo que ellos enseñan no es la verdad.

«Uno de los sofismas mas familiares al partido filosófico consiste en oponer un pueblo que suponen formado de buenos filósofos, á otro pueblo de malos cristianos; como si fuera mas fácil hacer un pueblo de verdaderos filósofos, que de verdaderos cristianos. Ignoro si entre los individuos, es el uno mas fácil de hallar que el otro; pero sé muy bien que en tratándose de un pueblo es preciso suponer que así abusarían de la filosofía sin religión, como los nuestros de la religión sin filosofía: esto me parece que cambia bastante la cuestión.

«Por otra parte, no hay cosa mas fácil que estampar bellas máximas en los libros; pero lo importante es saber si están en consonancia con la doctrina, y si se derivan necesariamente de ella, y esto es lo que hasta el presente no hemos tenido ocasión de ver. Falta saber si la filosofía á su vez, al hallarse cómodamente sentada en el trono, sabría tener á raya la vanagloria, el interés, la ambición y las mezquinas pasiones del hombre; y si, por decirlo de una vez, practicaría esa humanidad tan dulce que sabe ponderarnos con la pluma en la mano.

«Nuestros modernos gobiernos deben indisputablemente al Cristianismo su mas sólida autoridad, y el que sus revoluciones no sean tan frecuentes; él es tambien quien los ha hecho menos sanguinarios, y esto puede demostrarse comparándolos con los gobiernos antiguos. La Religión, mejor comprendida, desvaneciendo el fanatismo, ha comunicado mas dulzura á las costumbres cristianas. Este cambio no es obra de las letras, pues por do quiera que estas han brillado, la humanidad no ha sido mas respetada; las crueldades de los atenienses, de los egipcios, de los emperadores de Roma y de los chinos, lo acreditan, al paso que «¡cuántas obras de misericordia se deben al Evangelio!»

Por lo que á nosotros toca, estamos convencidos de que el Cristianismo triunfará de la terrible prueba que acaba de purificarle: lo que nos induce á pensar de este modo es el ver cuán perfectamente sostiene el examen de la razón, y que cuanto mas se le profundiza, mas parece que se aleja su fondo. Sus misterios dan la explicación del hombre y de la naturaleza; sus obras se apoyan en sus preceptos; su caridad, bajo mil formas, ha reemplazado á la crueldad de los antiguos; nada hay perdido de sus pompas primitivas, y su culto satisface cada vez mas al corazón y al pensamiento; á él debemos todo, letras, ciencias, agricultura y bellas artes; él enlaza la moral con la Religión y al hombre con Dios; Jesucristo, Salvador del hombre moral, lo es tambien del hombre físico; y él, finalmente, apareció como el mas fausto suceso para contrabalancear el diuvio de los bárbaros y la corrupción general de costumbres. Aun cuando se negaran al Cristianismo sus pruebas sobrenaturales, permanecería en todo el esplendor de la sublimidad de su moral, en la inmensidad de sus beneficios, en la hermosura de sus pompas; y podría, con tan brillantes datos demostrarse evidentemente que es el culto mas divino y puro que han practicado los hombres.

«Con los que manifiestan repugnancia hácia la Religión, dice Pascal, es preciso principiar demostrándoles que en nada es contraria á la razón; en seguida hacerles ver que es venerable y digna de respeto; luego hacérsela amable é inspirarles deseos de que fuese verdadera; y en pos de esto patentizarles que es verdadera por medio de pruebas incontestables, haciéndoles ver su antigüedad y santidad, poniéndoles á la vista su grandeza y elevación.»

Este es el camino que trazó aquel gran hombre, y del que nosotros hemos tenido cuidado de no separarnos. Hemos empleado los argumentos comunes de los apologistas del Cristianismo; pero tambien podemos caminar á la misma conclusión por otra serie de pruebas que serán el resultado de esta obra.

El Cristianismo es perfecto; los hombres son imperfectos.

Una consecuencia perfecta no puede derivarse de un principio imperfecto:

Luego el Cristianismo no se deriva de los hombres.

Si no se deriva de los hombres, solo puede derivarse de Dios.

Si se deriva de Dios, los hombres no han podido conocerlo sino por revelación:

Luego el Cristianismo es una religión revelada.